

## DIENTES

(De Ema Wolf)

Boris Dracul trabajaba de vampiro.

Todas las noches se ponía su capa de seda negra —tenía otra de hule impermeable para los inviernos húmedos— y se largaba a vampirar por los caminos de Moldavia.

No es fácil ser vampiro en un pueblo de campesinos que se acuestan más temprano que las gallinas. Al menos no lo era para el conde Dracul, incapaz de atravesar paredes, de cruzar volando las ventanas convertido en murciélago y de toda otra acrobacia parecida.

Dracul tenía que conformarse con morder el pescuezo de algún enamorado tardío o de un aldeano insomne que estuviera fuera a esa hora paseando el perro. Para colmo, los habitantes del pueblo vivían de la cosecha del ajo, y quien más quien menos siempre andaba con un diente en el bolsillo.

El conde Dracul vivía, claro, en un castillo tenebroso.

Durante el día dormía en la bañera. (Créase o no, las bañaderas suelen ser los lugares más secos en esos viejos edificios.) Durante la noche... La noche alentaba sus peores propósitos.

¿Quién ha visto alguna vez el despertar de un vampiro?

Cuando el cucú daba las doce se levantaba de un salto. Solía darse la nuca contra las canillas, pero eso jamás lo desmoralizó. Con los ojos todavía enlagañados se peinaba —de memoria, porque los vampiros no se reflejan en los espejos— y manoteaba la capa que colgaba del toallero. Después se deslizaba por el ventiluz del baño hasta el jardín. El rocío lo despabilaba ferozmente. ¡Y a comer!

Una noche de ésas, una tormenta maligna sacudía los muros del castillo. Afuera aullaban los lobos, las lechuzas, los hurones y animales varios. A pesar del vendaval, el conde Dracul se aprestaba a salir. Como siempre, se deslizó a través del ventiluz y marchó hacia el pueblo.

En las calles de la aldea, naturalmente, no había un alma. Con semejante tiempo había menos que nadie.

Dracul pisó varias baldosas flojas y maldijo en rumano. La panza le crujía y él ya imaginaba una desgraciada noche de ayuno.

¡De pronto...!

Pasos que se acercaban.

Suspenso.

—Scruich, scruich —hacían los pasos mojados.

Dracul tensó todos los músculos del cuerpo.

Observó que una sombra se acercaba por la vereda. Miró bien. Por el rodete, parecía una señora. Parecía no, era una señora.

Dracul se agazapó detrás de un buzón y esperó a que la dama se acercara, listo para dar el gran

salto.

Más suspenso.

Cuando la tuvo cerca, salió de su escondite, desplegó la capa y abrió la boca con un rugido exhibiendo los colmillos.

La señora clavó los ojos en esa bocaza que tenía a veinte centímetros de su cara y lanzó un grito espantoso:

— ¡AAAAAAAAAHHHH! ¡QUÉ HORROR!

Lo que pasó después nadie pudo imaginarlo, ni siquiera el mismísimo conde.

La mujer lo zamarreó por el cogote con unas manos robustas de sifonero y después lo derribó con un golpe de karateca.

¿Con quién se había topado el conde Dracul? ¡¿Quién era ella?!

Era nada menos que la temible doctora Carramela, la dentista ortodoncista de la aldea. ¡El Terror de las Caries! ¡El Azote de los Dientes Desubicados!

El conde sintió que lo levantaban por el aire y cerró los ojos.

En pocos minutos se encontró sentado en el sillón de la dentista con la boca abierta. Las rodillas de la Carramela, apoyadas sobre el pecho, le trababan los movimientos. Estaba furiosa.

— ¡Qué barbaridad! —decía—. ¡Esto está a la miseria!  
¿Cuándo aprenderán a cuidarse la boca? ¡PUERCO,  
PUERCO, PUERCO!

En un rato le emparejó los colmillos, le arregló seis muelas picadas, le sacó dos dientes que le sobraban y le hizo un tratamiento de flúor. Después lo fletó para su casa, no sin antes darle un sermón y prohibirle para siempre los merengues.

Nunca más anduvo el conde Dracul vampireando solo de noche por los caminos de Moldavia. Es una pena.

Desde entonces guarda su cepillo de dientes en un vaso, junto al tubo de pasta, al lado de la jabonera.

